

del Ocejón que van a unirse con las de la Sierra de Ayllón, separando las aguas del río Jarama de las del Sorbe, subafluente suyo. Allá están, dice el guía, simpático pastor de Almiruete, allí están los rebaños de mi pueblo, y mañana tengo que ir a llevar el pan, dice señalando las fuentes del Sorbe. Allí—continúa—sí que hay buen pasto ahora para el ganado y truchas, ¡qué buenas y cuántas truchas hay en los arroyuelos de allá!

Efectivamente, en la Sierra de Ayllón confluyen algunas vías pecuarias, y no sólo los ganados de la comarca van a veranear, sino también los de Extremadura, buscando la tierna hierba de las faldas de la Carpetovetónica, surcada por multitud de limpiísimos arroyos, cuya abundancia en truchas y su excelente calidad es renombrada con razón.

Al Este, la misma fragosidad del terreno se ve, y lo mismo al Oeste, pues el pico está situado en el segmento del arco que forma la Carpetovetónica desde Sierra Ministra a la Sierra de Malagón, el cual se abre en dirección Sureste.

En dirección Noreste, el Alto Rey, con su cima de tres picos (quizá los que desde allí se le ven de la corona que ciñe su mayestática frente) se contempla, al par que más alejado el Pico de la Bodeza ya en las proximidades de Atienza.

La Sierra de la Mujer Muerta, al Oeste del monte, se divisa cerca, y, desde él, toda su silueta de mujer tendida boca arriba con sus manos cruzadas sobre el pecho, desaparece, quedando sólo como una mole sin forma característica, que desde el Pico Cebollezuela se dirigen hacia el Sur. Detrás de la Sierra de la Mujer Muerta (que llaman también Sierra Concha) se ve lo más alto de la Sierra de Guadarrama y, hacia el Suroeste, la Sierra de Gredos como una montaña casi cónica.

Pero el panorama más hermoso es el que se domina al Sur, el de la llanura, el de la Campiña. Las lomas de la Alcarria, con el límite de la vista. La planicie y la ribera del Henares, cuyo curso bien delatan las terrazas típicas que en la margen Sur se forman, está salpicada de pueblecillos en donde la alegría de la vida ya se nota, a diferencia de estos de La Sierra que, escondidos en lo más hondo de los barrancos, parecen temerle todo, como sus pobres habitantes. Tamajón se ve próximo, en la antiplanicie de la que es el principal pueblo; pueblo limpio, de calles rectas y adoquinadas que la misma Guadalajara, con ser su capital, anhela tener.

Más allá se divisa Humanes, próximo a la vía férrea, y en esta dirección un montecito cónico en cuya ladera se encuentra Hita. La Muela y el Colmillo, dos cerros cuyos nombres indican su forma, distan poco del pueblo de Alarilla, de donde arranca el Canal del Henares. Hacia el Sur se ve Guadalajara, y siguiendo la silueta de los Altos de la Condesa, se ve bien la iglesia de los Santos de la Humosa, a una distancia que no baja de 60 kilómetros.

De los pueblecillos próximos a las laderas del Pico, no se distinguen muchos porque están ocultos entre barrancadas,

próximos a los limpios arroyuelos afluentes del Jarama y del Sorbe, en donde las truchas son tan abundantes como las sabrosas perlices de la comarca.

Majaelrayo, Campillo de Ranas, Campillejo, El Vado y Palancares, se dominan tan bien que se pueden contar sus casas. De otros pueblecillos comarcanos de los partidos judiciales de Atienza y Cogolludo, se ven sus rozadas lomas, pero no ellos.

La fuente del Collado de Soria es un primor por lo bien cuidada, y dice mucho en favor de los pastores, que son los únicos guardianes de aquella obra arquitectónica, que, en su rusticidad, tiene comodidad y belleza. A su lado almorzamos los excursionistas después de bajar de la altura y descansar. Como postre tuvimos las dulces cerezas compradas en Almiruete, de las que un buen canasto nos dieron por treinta céntimos: tal es la abundancia de ellas en este pueblo, en donde el cerezo vive en sus alrededores sin apenas cuidado alguno.

Un día muy bien empleado es el de la subida al Pico Ocejón, y el que no se contente con los conocimientos que de la comarca dan libros y mapas, bien hará con molestarse un poco y saborear por sí las bellezas del panorama de Castilla, clásico como el lenguaje cervantino.

ALBERTO BLANCO

Guadalajara, 1918.

CASTILLA AGRARIA

La grandiosidad de su campo.

Siendo esta amplia y próspera región castellana eminentemente agrícola, ha de estar toda ella interesada y preocupada por sus campos.

Son ellos toda su riqueza; el pan de todos sus días.

A ellos los dedican, en muy lógica reciprocidad, todo su afecto, todas sus atenciones, todo su interés moral y material, sacrificando sus captales y sus vidas.

Pero la tierra, esta tierra parda, sombría, sin color apenas les corresponde generosa.

Es una riqueza, es un tesoro infinito, inagotable, que produce aprisa, aprisa.

Pasan los años, y los castellanos cogen sus buenas cosechas, que colocan a precios nunca estipulados; sus productos son solicitadísimos. Tantas peticiones les halagan, y les llenan el bolsillo.

Y por los pueblos castellanos, antes míseros, apáticos, hay otra vida, más vida: hay dinero. Los habitantes son otros; sus casas también se transforman, sus mismas costumbres se modifican. Ya se cuidan más; pueden gastarlo.

Todo es otro, todo es nuevo, menos sus tierras, sus campos, que siguen produciendo fértiles, generosa y ampliante. Principia Mayo; las cosechas están en sazón, Castilla se dispone a recogerlas.

El oro de la mies, atrae al otro oro: felicidad nos amenaza aterradora.

Los castellanos la esperan..... son ya felices.